

## CONFERENCIA QUINTA.

---

### SOBRE EL ORGULLO.

Señores : El segundo obstáculo contemporáneo á nuestro progreso moral es la concupiscencia de los ojos, ó la codicia. El amor desordenado de la posesion es en nuestros dias una degradacion del hombre, de la familia y de la sociedad.

Es la degradacion del hombre, porque la codicia le precipita sobre la materia, y á él mismo le hace materia. El hombre codicioso, cualquiera que sea su brillo exterior, es incapaz de tener cabida en el catálogo de la verdadera aristocracia de la humanidad; porque la verdadera aristocracia, nacida de la verdadera grandeza, tiende á lo que hay de mas alto; y la aristocracia del oro, nacida de una falsa grandeza, tiende á lo que hay de mas bajo.

Es tambien la degradacion de la familia. La codicia contemporánea es un obstáculo á la constitucion, á la conservacion y á la propagacion de la familia : á su constitucion, efectuando con el poder del oro uniones que los corazones rechazan, é indignan la naturaleza; á su conservacion, por las discordias que suscita entre los hermanos la reparticion del oro; á su propagacion, disminuyendo la vida para aumentar la herencia.

En fin, es la degradacion y el grande peligro de la sociedad. La codicia de nuestros tiempos siembra por todas partes los gérmenes de los odios sociales : abajo, envidias fraticidas, que provienen del acrecentamiento de los deseos; arriba, tiranías fatales, que provienen del movi-

miento de las fortunas, arrastradas por atracciones egoistas; en medio y por todas partes, injusticias, que excitan odios inmensos y hacen propender las naciones hácia su ruina.

Señores, vosotros sois testigos de qué sobre todas estas cosas he dicho la verdad sin disfraz, pues era para mí un deber de mi ministerio y una necesidad de mi asunto. Pero detras de la verdad, aunque fuerte, vosotros percibís el amor que os habla. Está tan léjos de mi corazón el querer contristar á nadie, como lo está de mi carácter el cejar delante del cumplimiento de un deber y de la necesidad de un asunto. Así lo habeis comprendido, y yo os doy gracias por la simpatía que tenéis á una palabra, que hace ver cuan poca ambicion tiene de lisonjearos. Es un bello indicio de esperanza para nuestra cara patria, y un grande honor para vosotros, el que se os pueda decir, sin disgustaros, la verdad, y hasta la verdad severa.

Pero, señores, todavía no he acabado de haceros ver el obstáculo contemporáneo, contrario á nuestro verdadero progreso. Tras la concupiscencia de la carne, tras la concupiscencia de los ojos, hay una tercera que empuja las otras dos, y acaba de hacernos ver la decadencia y el obstáculo al progreso: tal es lo que San Juan llama el orgullo de la vida: *Superbia vite*. Hé aquí, señores, el mas profundo obstáculo al verdadero progreso humano; obstáculo, en primer lugar, al progreso moral, y por consiguiente obstáculo á todos los otros progresos.

El cristianismo, cuando por base de todo progreso pone la humildad, es decir, el abatimiento voluntario de sí mismo, da pruebas de una sabiduría verdaderamente divina; y para cualquiera que sepa ver un poco en ese fondo de cosas en qué se revela la Divinidad, esta idea singular, fundar el progreso sobre el abatimiento, es una idea que demuestra la divinidad del cristianismo, porque ella lleva el sello de una sabiduría que no es del hombre. Vosotros comprenderéis mejor la divinidad de este designio cuando habréis visto los principios de degradacion que encierra el orgullo. Considerad el orgullo en su nocion, en su origen, en sus tendencias, sus costumbres y su historia; y le hallaréis siempre como causa de toda ruina, y como padre de toda decadencia moral.

I. ¿Qué es orgullo? El orgullo es el amor desordenado de la propia excelencia. El hombre se ama: y ese amor, contenido dentro de sus lími-

tes, es legítimo; él es en el hombre, lo mismo que en todo sér viviente, una necesidad de conservacion, un principio de orden y un resorte de progreso. Si el hombre no se amase, no tendría ni la necesidad de existir, ni la pasion de crecer, ni la ambicion de ponerse con los otros seres en relaciones que concurren á la armonía general, completándola él mismo. Luego el hombre debía amarse, y realmente se ama.

Pero ved el golpe terrible que ha herido el fondo de su ser, y que, poniéndole en desacuerdo con los otros seres, le mutila y le degrada. El hombre se ama á sí solo, se ama mas que á la humanidad, mas que á Dios, mas que á todo. Él se ama hasta el desorden, hasta la exaltacion, y algunas veces hasta el delirio. Y de ahí podeis ya comprender como el orgullo, es decir, la pasion desordenada y loca de su propia excelencia, viene á ser en la vida humana un principio de degradacion moral. El hombre, en efecto, para crecer moralmente y perfeccionarse, debe ponerse, con los seres que le rodean, en sus relaciones naturales, y caminar con ellos en la armonía universal hácia el fin supremo de todos los seres.

Pero para guardar con los otros seres esas relaciones naturales y verdaderas, que contribuyen al progreso de cada uno y al progreso de todos, una cosa es absolutamente necesaria: permanecer en su puesto, y perfeccionarse en él. Un fundador de cierta órden religiosa, que era á un mismo tiempo un gran santo y un pensador profundo, daba á los suyos este secreto de perfeccion: «Que cada uno, en vez de pensar en «subir á un grado superior, se esfuerce á hacerse perfecto en el «suyo propio.» Este es, señores, un secreto, no solo de perfeccion cristiana y religiosa, sino tambien de perfeccion humana y de progreso social: *guardar su puesto, y hacerse perfecto en él*. Sed átomo, si Dios os hizo átomo; sed sol si Dios os hizo sol: pero sed átomo en vuestro puesto, sin tropezar con los otros átomos; sed sol en vuestra esfera, sin tropezar con los otros soles: el uno y el otro tiene su puesto y su vocacion; y yo mas quiero ser un átomo en mi puesto, que sol fuera de mi esfera.

Y esto es precisamente lo que el orgullo no puede entender: él se ama mas que todo. Por esto, en vez de coordinarse relativamente á lo que es mas alto que él, quiere coordinarlo todo con referencia á sí mismo. Él no puede resignarse á permanecer en su puesto. Un no sé

qué le grita en su interior : *Ascendam*, yo subiré; un no sé qué le hace decir á todo lo que le rodea : Abájate y déjame pasar, *incurvare ut transeamus...* ¿Es átomo ese orgullo? entónces dice : ¿Por qué no he de ser sol? ¿Es sol? en ese caso dice : ¿Por qué no he de ser ese otro sol? Y de este modo el orgullo empuja con todas sus fuerzas al hombre, á quien domina, á salir de su rango en vez de perfeccionar su sér; y con sus correrías desordenadas y locas tentativas, va tropezando con los seres que le rodean, depravándose á sí mismo, y produciendo á la vez el desórden en la sociedad y la degradacion en sí mismo.

Tal es el hombre dominado por su orgullo. ¿Y como fué dado ese golpe que ha alterado todo su sér, destruido sus relaciones legítimas, y le ha precipitado en su primera caída al declive de su decadencia? Es preciso aquí, tomando en manos la Escritura, volver otra vez al origen. Ya he dicho lo que es el orgullo : pero el orgullo ¿por donde comenzó? Hé aquí, señores, entre las palabras profundas de la Escritura, relativamente á este misterio del hombre, una de las mas profundas, y que derrama torrentes de luz sobre la cuestion que nos ocupa. El principio del orgullo del hombre es su apostasía, es decir, su separacion de Dios : *Initium superbiæ hominis, apostatare à Deo*. Ser orgulloso, dice San Agustín, es dejar el bien y el principio comun, que es Dios, y hacerse á sí mismo principio, esto es, su Dios : *Relicto communi principio, sibi ipsi fieri atque esse principium*. El hombre, dice el santo, separándose de Dios, cae otra vez sobre sí mismo, y entónces se pone á amarse con todo aquel amor que niega á Dios. Hé aquí el orgullo en su origen; el amor que se separa de Dios, y que, al volver sobre sí mismo esta aspiracion que tiene necesidad de lo infinito, dice : «Yo, yo léjos de Dios, yo separado de Dios,» y que dirá por fin : «Yo Dios.»

Esto es por excelencia lo que se puede llamar la impulsión satánica en la humanidad. Yo he visto á Satan que caía del cielo con la rapidez del rayo, *vidi Satanam sicut fulgur de cælo cadentem*; y he visto á la humanidad arrebatada por el orgullo en virtud de esta impulsión de Satan. «Sí, dice un hombre eminente : ese espíritu soberbio cayó sobre nosotros como un edificio colosal que se derriba, y coge debajo otro pequeño sobre el que cae. Así, ese espíritu soberbio, al caer del cielo, se desplomó sobre nosotros, envolviéndonos con él en su ruina.

Y cayendo así sobre nosotros, dice San Agustín, impió en nosotros un movimiento parecido á aquel que se precipita : *unde cecidit, inde dejecit*.» A la majestad sencilla de estas espresiones habeis reconocido la palabra sublime de Bossuet. Así, á la luz de este ingenio, que refleja el de San Agustín, veis vosotros la caída completa del hombre : vosotros veis, que en el origen del orgullo, que separa al hombre de Dios para precipitarle sobre sí mismo, se manifiesta con la mayor claridad el principio de toda caída y de toda decadencia, y descubris por lo tanto en el fondo del orgullo humano el mayor obstáculo al progreso de la humanidad.

En efecto, comprendido así en su nocion, y explicado en su origen, el orgullo, que comienza por la separacion de Dios, pasa á ser el principio de toda decadencia del hombre. El principio y el origen de toda decadencia humana, es el mal que comienza en el hombre; porque, así como el progreso moral es la marcha en el bien, así tambien la decadencia moral es la marcha en el mal. Es indispensable admitir estos datos, ó renunciar á entender en lo mas mínimo la doctrina del progreso.

Ahora bien, lo que se halla en el principio de todo mal moral, es el orgullo, nada mas que el orgullo; y á estas palabras de la Escritura : «El principio del orgullo es la separacion de Dios : *Initium superbiæ, apostatare à Deo*,» corresponden magníficamente estas otras que están escritas en la misma página : «El principio de todo pecado, es decir, de todo mal moral, es el orgullo : *Initium omnis peccati est superbia*.»

Así pues, nada es mas cierto : el monstruo vivo, que devora todo progreso y ocasiona toda decadencia, es el orgullo; puesto que la Escritura nos lo muestra en el fondo y en la raíz de todo desórden humano y de todo mal moral. Y si vosotros quereis seguir con una vista atenta, en la vida de la humanidad, las tendencias del orgullo, veréis que siempre lleva consigo un antagonismo radical al verdadero progreso humano.

El orgullo tiene una tendencia antipática al progreso, la tendencia á permanecer y complacerse en sí mismo, en una palabra, á inmovilizarse. El primer resorte del progreso en el hombre, es la convicción profunda de la necesidad que tiene de hacerse grande. Para conservar

la ambicion de subir, es preciso estar convencido de qué no ha llegado aun á la cumbre. Para ir en busca de la perfeccion, debe estar persuadido de qué no la tiene. Luego, la vista humilde y serena de su propia imperfeccion, la confesion animosa y sincera de su propia flaqueza, tal es la primera condicion para elevarse realmente. El hombre, que con sus propias miradas mide su nada, abre delante de sí con estas mismas miradas el horizonte del progreso; y cuando con una humildad magnánima se ha hecho á sí mismo esta confesion de su propia insuficiencia, entónces siente salir, de esa miseria que él confiesa, la necesidad de buscar la perfeccion que él desea; y del fondo de esa nada, no sé qué ambicion de hacerse grande hasta el infinito.

El orgulloso, por el contrario, se complace y permanece en sí mismo. ¿Qué le falta á ese soberbio, á ese poderoso, á ese presumido, á ese dios? Nada: él cree que es la perfeccion; ¿por qué pensar entónces en perfeccionarse? Él se cree ser la grandeza: ¿de donde le vendria la ambicion de hacerse grande? Él se cree colmado: ¿como pretenderá llenarse, cuando se cree la misma plenitud? Él se contempla: y halla al mirarse, que nada tiene que desear. Él se ama, él se admira, se exalta, se adora á sí mismo como á un dios; á lo ménos tiende á adorarse cada dia mas, porque todo hombre orgulloso tiene, hasta en su nada, una aspiracion secreta á la divinidad. Y bajo este supuesto, ¿como quereis que haga de su vida la traduccion de esta sentencia de Fenelon, que Ozanam daba como la verdadera fórmula del progreso: *salir de sí mismo para entrar en lo infinito de Dios?* ¿Qué necesidad tiene de buscar fuera de sí la infinidad de Dios, cuando ha colocado la divinidad en sí mismo, y se hace á sí mismo Dios? Vosotros lo veis: el orgullo destroza en sí mismo el resorte del progreso humano. No hay mas que una cosa que se hace grande y progresa en él todos los dias: la admiracion, el amor y la adoracion de sí mismo. Lo que se halla fuera de él, lo desdeña; lo que es mas alto que él, lo niega; ó bien, si se ve obligado á admitirlo, lo envidia, lo aborrece, y tiende á destruirlo. Y permaneciendo en sí mismo, en una complacencia infame y una satisfaccion insensata, se para, y de este modo sofoca en sí mismo el principio del progreso. Pero me equivoco: haga lo que quiera, él tiene necesidad de salir de sí mismo; mas, habiendo perdido la ambicion de hacerse en el interior una grandeza real, procura de todos

modos hacerse en el exterior una grandeza aparente; y para obedecer á la necesidad que le impele, tal vez tendrá la idea de buscar la grandeza en la degradacion misma. Miserable en su persona, pero rico en bienes de este mundo, desplegará en torno suyo un lujo ridículo: creyendo hacerse mas grande, ostentará por todas partes una pompa, que con razon podría yo llamar estúpida, tanta es la debilidad, la locura y la puerilidad que en ella se descubren por doquiera. Para parecer mas grande que todos, se rodeará de criados, de sirvientas, de coches, de libreas y de equipages; y se creará el primer hombre del mundo, si á fuerza de gastos insensatos llega á tener en su cuadra el mejor caballo de la tierra. ¿Y por qué esas locuras que le degradan en vez de elevarle? Porque creyendo que nada tiene que hacer para perfeccionarse en el interior, se figura en efecto que añade á sí mismo, segun expresion de Bossuet, *todo lo que se aplica en el exterior.*

Pero el orgullo no se detiene aquí: él no se contenta con buscar una grandeza tonta en lo fútil y en lo vano; él procura hacerse, aun en la perversidad, una grandeza imposible, y hasta llega á poner una gloria grosera en no respetar nada, no depender de nadie, y tomar su capricho por ley soberana; él aspira á quebrantar toda regla, y por lo mismo sus tendencias le hacen al fin unas costumbres dignas de él, costumbres á parte, las costumbres del orgullo.

Costumbres del orgullo, costumbres degradantes, mucho mas de lo que puede imaginarse; costumbres, que imitan las costumbres de Satanás, consumando léjos de Dios todos los misterios del mal, del mismo modo que sus tendencias siguen el movimiento de Satanás, llevándose al hombre consigo en su propia ruina.

Así pues, si quereis todavía conocer mejor el misterio de degradacion moral que encierra el orgullo, yo os diré: ved sus costumbres. Las costumbres son la manifestacion del verdadero movimiento y de las verdaderas tendencias de la vida. Por esto, si quereis saber adonde va la vida, á la grandeza ó á la bajeza, ved las costumbres que ella engendra. Y si quereis saber lo que hace el orgullo para el progreso del hombre, yo os diré: aprended á conocer las costumbres del orgulloso.

Las costumbres del orgullo son los grandes excesos de la codicia. Ya os he hecho ver algunos de esos misterios, en los qué parece la justicia al mismo tiempo que la caridad: pero debeis observar, que en el

fondo de aquellas orgías la codicia no se halla sola. La codicia hace perecer la justicia, pero es el orgullo el que impele la codicia.

Es á instigaciones del orgullo que un rico de ayer, medita hoy especulaciones que deben elevarle mañana, sobre una multitud de ruinas, á las mas altas cimas del mundo rentístico. Y como el orgullo produce las mayores extravagancias de la codicia, es él tambien el que prepara las mayores catástrofes. En un vértigo de orgullo, mucho mas que en un delirio de codicia, un hombre hace depender de una casualidad, de una probabilidad, y á veces de una simple posibilidad, la ruina de los demas ó su propia fortuna. Las bancarrotas premeditadas, que preparan á tantas familias calamidades llenas á la vez de tristeza y desesperacion, son casi todas hijas del orgullo. La impaciencia que causa un trabajo fructuoso y seguro, pero humilde y sin esplendor; y la ambicion altanera de salir de la propia condicion para obtener en pocos dias el prestigio del millon y la aristocracia del oro, explican los inmensos desórdenes de la codicia contemporánea, mejor que la pasion de poseer y de gozar.

Las costumbres del orgullo son los grandes deleites, ignominia de la carne, que no tienen nombre en nuestra lengua; ó si lo tienen, no podrían mis labios pronunciar sin contraer alguna mancha, ni la castidad de vuestras almas oír sin que concibiese alguna alarma:

Cualquiera que sea la razon profunda y la perfecta explicacion de este misterio de la vida humana, es un hecho universalmente observado, que las grandes caidas del espíritu inducen á las grandes caidas de la carne, y los supremos orgullos engendran en los mismos hombres impudicias proporcionadas á aquellos. Y no debemos extrañarlo. Entre el orgullo y la voluptuosidad la alianza es íntima y las relaciones profundas. El orgullo es como una voluptuosidad del espíritu, y la voluptuosidad es como un orgullo de los sentidos. Es un mismo movimiento que se lleva la vida. Así, cuando el orgulloso, fijándose en sí mismo, deja de pedir al perfeccionamiento de su alma su grandeza legítima, se vuelve hácia su cuerpo; y persuadido de qué tiene derecho á todo, pide á este esclavo del espíritu que agote todo el poder de la carne para saciarle. ¿Ha habido jamas orgullos castos? Tal vez del mismo modo que ha habido rios que han refluído hácia su origen. Por lo tanto, cuando se os diga: «Hé aquí una grande, una vasta caida, obra del

orgullo, pero de un orgullo austero, de un orgullo casto, » no lo creais: lo mismo que Babilonia, todo grande orgullo lleva la señal de la bestia. La corona de la castidad, la mas gloriosa, porque es la mas difícil de llevar, cae de la cabeza de los soberbios, y no se sostiene sino en la frente de los humildes.

Las costumbres del orgullo son todas las grandes pasiones, estériles para el bien, fecundas para el mal, impotentes para crear y poderosas para destruir. Todas las pasiones señaladas con su marca, y que en medio de sus furores llevan un carácter á parte, son los crímenes que pasman, los atentados que aterrorizan, las monstruosidades, y si me es permitido decirlo, las obras maestras del mal, que á fuerza de perversion llegan hasta su mas elevada cumbre; y como carácter que distingue el orgullo, y le hace reconocer de todos, en medio de sus crímenes y de sus deshonras, es el hombre que se envanece para hacer de sus crímenes un espectáculo al mundo entero; el hombre, que en un vértigo de orgullo toma su bajeza misma por pedestal de su grandeza, que arostra la muerte, que se viste de gala para subir al cadalso, que pide aplausos á los pueblos que le maldicen, que á pesar de la maldicion de su siglo ambiciona todavía la aprobacion de la posteridad, y se engrie, como Satan al ser castigado de Dios, aun cuando cae sobre su cabeza el anatema de la humanidad.

Tales son las costumbres del orgullo. ¿Y cuanto tendría que decirnos ahora, si quisiera referiros su historia? ¿Qué rastros sangrientos, qué desastres horribles, con los cuales el orgullo ha marcado en la historia las huellas de sus pasos!

¡Ah! la historia del orgullo sería la historia del mundo: pero, señores, Dios permite acá en la tierra ciertos sucesos que la compendian en un hecho, y la personifican en un hombre. La historia del orgullo es un hombre que un dia se dice á sí mismo, no solo como los soberbios de Babel: «Levantemos una torre, cuya cima llegue hasta el cielo, y dé celebridad á nuestro nombre en todo el universo:» sino que se dice en uno de sus delirios de orgullo todavía mas satánico: «*Celebremus nomen nostrum*, hagamos célebre nuestro nombre: nosotros somos impotentes para obtener la celebridad del bien, llevémosnos por asalto la celebridad del mal. Tentemos un crimen, que llene de consternacion á toda la tierra, y deje pasmado al infierno mismo. Va-